

Caperucita Roja

Charles Perrault



En una aldea lejana vivía, hace muchísimos años, la niña más hermosa y buena que pueda imaginarse. No dicen las noticias que nos han llegado a nosotros cuántos años tenía, pero sí, en cambio, que sus cabellos eran tan rubios que podrían dar envidia al mismísimo sol, y que sus ojos parecían dos luceros.

La madre de esta niña estaba tan contenta de la bondad y hermosura de su hija, que podría decirse que nadie era más

feliz que ella; pero, en realidad, mucho más feliz que la buena mujer era la abuelita, que idolatraba a la pequeña y se desvivía por demostrárselo. Entre los varios regalos que le hacía figuraba una graciosa caperuza de color rojo, y desde el día que se la puso, todo el mundo conoció a la niña por el nombre de Caperucita Roja.

Caperucita Roja obtenía de su mamá permiso para pasear todas las tardes por los alrededores de su casa, donde jugaba con sus amiguitas o se entretenía mirando volar a las mariposas y dándoles miguitas de pan a los pajaritos.

Un día, al regresar a su casa después de estar jugando, vio sobre la mesa una fuente llena de pasteles.

—¡Qué ricos pasteles has hecho, mamita! — exclamó al ver las golosinas —. ¿Son para mí?

—No, hijita — respondió la señora —. Sé que a ti te gustan mucho, pero éstos los he hecho para tu abuelita, que está enferma.

—¿Está enferma abuelita? — preguntó la pequeña, olvidándose de los pasteles —. ¿Qué tiene?

—No creo que sea nada grave — respondió la mamá.

Y le explicó que la enfermedad de la anciana sólo era un resfrío fuerte que la obligaba a guardar cama, añadiendo que

por eso había pensado enviarla a ella hasta la casa, que quedaba del otro lado del bosque, junto a un molino abandonado, para que le llevara a la enferma los pasteles que había hecho y un tarrito de dulce.

—Iré ahora mismo — exclamó la niña al enterarse del propósito de su mamá —. Tengo muchos deseos de visitar a abuelita y de llevarle los pasteles que tanto le agradan.

Aun era temprano, pero como la mamá de Caperucita quería que la niña acompañara un rato a la abuelita y regresara antes de anochecer, preparó los pasteles y el tarro de dulce en una cesta. Después le puso la caperuza roja y, acompañándola hasta la puerta, se despidió de ella dándole un beso. A pesar de que la pequeña era muy juiciosa, creyó prudente hacerle alguna advertencia.

—No te distraigas — le dijo —, y ve directamente a la casa de abuelita. Procura, además, no apartarte del camino que cruza el bosque.

—No temas, mamita — respondió la niña colocándose la cesta bajo el brazo y poniéndose en marcha.

Brillaba un sol espléndido; los pajaritos y las mariposas revoloteaban entre las ramas y las flores y todo parecía estar tan alegre como la niña. Porque Caperucita, que quería mucho a su abuelita, deseaba siempre que su mamá le diera permiso para ir a visitarla. Despreocupada de cuanto sucedía

a su alrededor, sólo pensaba en el momento de estar junto a la anciana.

Sin embargo, en esos instantes en que todo parecía tranquilo y feliz, alguien estaba maquinando algo malo; alguien esperaba sorprender y engañar a la niña para comérsela con sus afilados dientes. Era el lobo, un malísimo animal, que desde que vio aparecer a la niña por el camino sintió que la boca se le hacía agua. Ya en otras oportunidades había procurado sorprender a la pequeña, pero como temía que alguien descubriera su presencia y lo moliera a palos al verlo por las proximidades de la casa, se había mantenido oculto entre los árboles esperando la mejor oportunidad. Y pensaba que en esa ocasión podría llevar a cabo sus malvados propósitos.

—¡Esta es la mía! — se había dicho al ver aparecer a la niña por un recodo del camino; pero como desde allí avistó también a varios leñadores, agregó: — pero será conveniente tener un poco de paciencia y aguardar...

Y así lo hizo.

Mientras tanto, Caperucita Roja continuó su marcha hasta internarse totalmente en el bosque. Entonces el lobo abandonó su escondite y se aproximó a la niña.

—¡Qué hermosa eres, pequeña! — exclamó cuando estuvo a su lado —; ¿cómo te llamas?

Al ver junto a ella al feo animal, la niña se asustó un poco, pero como era muy bien educada y respondía siempre a las preguntas que le hacían, contestó:

—¿ Quieres saber mi nombre o quieres saber cómo me llaman mi mamá y mi abuelita?

—Lo mismo da — respondió el lobo abriendo la boca en una sonrisa forzada y mostrando sus aguzados dientes.

—Pues mi mamá y mi abuelita me llaman Caperucita Roja.

—¡Lindo nombre! — comentó la fiera —. Sin duda será debido a la caperuza roja que llevas y que tan bien te queda.

La niña hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y como vio que el lobo permanecía callado, se dispuso a reanudar la marcha. Entonces el animal, que había aprovechado el silencio para pensar en lo que debía decir, continuó:

—Dime, Caperucita, ¿no te agradaría quedarte un ratito jugando conmigo?

—No, señor; voy a la casa de mi abuelita, que está enferma, para llevarle estos pasteles que ha hecho mi mamá y este tarro de dulce.

—¡De manera que, además de bonita, eres buena! — exclamó el lobo tratando de ganarse las simpatías de la niña

—. Me parece muy bien que hagas lo que te ha mandado tu mamá, pero, ¿no tienes miedo de ir sola por el bosque?

—No, señor — contestó Caperucita —, no tengo miedo porque voy por el camino.

—¿Es que la casa de tu abuelita está cerca de él? — preguntó el lobo, que tenía muy malas intenciones y pensaba también devorarse a la anciana.

Entonces la niña le explicó que la casa de su abuelita estaba junto a un molino abandonado, que era pequeña y que tenía una escalerita de piedra.

Una vez que la niña le hubo dado toda clase de explicaciones, el lobo no supo qué decir. Entonces se le ocurrió mentir una vez más.

—¿Qué te parece — le dijo — si, para hacer más corto el camino, jugamos una carrera para ver quién llega antes a la casa de tu abuelita? Tú irás por el camino y yo por el bosque. Después entraremos juntos en la casa; ya verás cuánto nos divertimos!

Caperucita Roja, que no alcanzó a comprender la mala intención del lobo, aceptó encantada el juego.

—Como usted quiera, señor — respondió.

—Empecemos entonces — dijo el lobo apartándose del camino e internándose en la espesura rápidamente, pues como vio que se acercaban unos leñadores que habían terminado sus tareas, temía que le molieran el lomo a palos.

Caperucita, sin imaginarse nada malo, reanudó la marcha. A poco andar se había olvidado por completo de su ocasional amigo, y entretenida con los pajaritos y las mariposas fue deteniéndose para admirarlos; recordando luego que a su abuelita le agradaban las flores, se entretuvo en recoger algunas para hacer un ramo.

Mientras tanto, el lobo no perdía el tiempo. A pesar de saber que la niña andaría más despacio que él, como deseaba llegar mucho antes que ella a la casa que estaba junto al molino abandonado, corrió rápidamente entre las plantas, sin preocuparse mucho ni poco de los espinos que herían su cuerpo.

No tardó en encontrarse delante de la morada de la anciana. La observó detenidamente, dio varias vueltas en torno de ella para ver si había alguna puerta o ventana abierta, y al advertir que no, se dispuso a llevar a cabo una malvada idea que se le había ocurrido.

Se acercó a la casa, no sin antes observar en todas direcciones, pues como era muy miedoso temía que alguien

descubriera su presencia, y después, subiendo por la escalerita de piedra, golpeó en la puerta con la pata.

—¡ Ton!... ¡ Ton!... ¡ Ton!... —resonaron los golpes.

Aguardó un instante, lleno de impaciencia y temiendo haber golpeado demasiado fuerte; como no obtuvo respuesta, volvió a golpear. Esta vez respondió desde dentro una voz muy suave:

—¿Es Caperucita quien llama?

Al escuchar la pregunta, el lobo, que había pensado inútilmente en lo que debía decir, resolvió hacerse pasar por la niña; procuró afinar su voz gruesa y desagradable y respondió:

—Sí, abuelita; soy Caperucita Roja y te traigo unos pastelitos que ha hecho mamá y un tarrito de dulce.

Si no estuviese enferma, la abuelita se habría dado cuenta de que no era Caperucita quien hablaba, pues el lobo, a pesar de haber fingido la voz, estaba un poco ronco a causa de una mojadura que había pescado durante una noche de lluvia. Pero como la anciana estaba en la cama, un poco alejada de la puerta, resultó engañada por el astuto animal. Por eso exclamó:

—Entra, querida, entra. No conviene que te quedes en la puerta, pues hace fresco y puedes resfriarte.

El lobo quiso entrar, pero le resultó imposible porque no entendía el funcionamiento del picaporte. Insistió varias veces, y, dándose cuenta de que no le convenía perder tiempo, pues Caperucita iba a llegar muy pronto, dijo:

—Abuelita, la puerta está cerrada y no recuerdo cómo se abre.

Un poco sorprendida de que la niña hubiese olvidado lo que tantas veces había hecho, la anciana respondió:

—¿Ves un pestillo junto al picaporte? Pues levántalo, y la puerta se abrirá en cuanto la empujes.

Torpemente, pues tenía muy largas las uñas, el lobo hizo lo que la anciana le indicaba. Levantó el pestillo y empujó con el cuerpo. La puerta se abrió franqueándole el paso.

Una vez que estuvo dentro de la casa, vio a la abuelita de Caperucita Roja en la cama y hacia ella se dirigió. La pobre anciana, al ver al lobo, se dio cuenta de que el malvado animal la había engañado, y quiso escapar. Pero como estaba enferma y tenía pocas fuerzas, en cuanto saltó de la cama y se puso de pie, cayó sin conocimiento, y el lobo, abalanzándose sobre ella, abrió la enorme boca y la devoró en un momento.

Satisfecho de ver cumplida la mitad de su obra, pensó en lo que le convenía hacer para realizar la otra mitad.

—Lo mejor será — se dijo — que aguarde fuera de la casa la llegada de Caperucita. O que vaya en su busca por el bosque.

Pero como ninguna de las dos cosas le pareció prudente, porque en cualquier caso podía ser sorprendido por alguien, concluyó:

—No, lo mejor es que aguarde dentro de la casa, que me vista con las ropas de la abuelita y que me cubra la cabeza con la cofia.

Y poniendo manos a la obra, se vistió con un vestido de la anciana, se colocó la cofia y metióse en la cama, donde se quedó esperando.

Poco tardó en llegar Caperucita Roja. Contenta porque iba a volver a ver a su abuelita, subió la escalerita de piedra, dejó junto a la puerta la cesta con los pasteles y el dulce y golpeó suavemente.

Tan de sorpresa tornaron al lobo los golpes, que se incorporó violentamente en la cama. Y olvidándose por un momento de que se trataba de la niña, preguntó con su voz ronca:

—¿Quién llama?

Muy rara le pareció a la pequeña la entonación de la voz, pero pensando que su abuelita estaría ronca a causa del resfrío, respondió en seguida:

—Soy yo, Caperucita Roja, tu nietecita. Vengo a visitarte y te traigo unos pasteles que mamá ha hecho para ti.

Arrepentido de haberse dejado llevar por el miedo, el lobo procuró cambiar la voz y dijo: —Entra pronto, querida.

Caperucita Roja, que lo que menos podía imaginarse era lo que había sucedido en la casa mientras ella se entretenía en el bosque, levantó el pestillo, empujó la puerta y entró. Después se dirigió al dormitorio.



El lobo, que además de haberse puesto el vestido y la cofia, se cubría el hocico con las mantas, espiaba a la niña. La vio dejar la cesta sobre la mesa, sacar los pasteles y el dulce y poner en orden algunas cosas. La fiera no se decidía a hacer

nada, pues temía que si Caperucita descubría su presencia y notaba la ausencia de la abuelita, empezaría a gritar y llamaría la atención de los que pasasen cerca de la casa. Pero como el tiempo pasaba y Caperucita no se aproximaba al lecho, terminó por perder la paciencia y exclamó:

—Deja esas cosas Caperucita, que yo las iré arreglando en seguida que me reponga, y acércate a la cama, que quiero verte.

Como la impaciencia le hizo olvidar al lobo que debía hablar como la abuelita, la voz salió ronca de su garganta. La pequeña, nuevamente extrañada, le dijo entonces:

—Abuelita, es necesario que te cuides mucho. Sin duda estás muy resfriada, pues tu voz es ronca y desagradable.

—¡No te preocupes de mi voz! — replicó la fiera, de mal talante —. Y no me hagas disgustar, que no me hará nada bien. Anda, acércate de una vez a la cama, que tengo muchas ganas de verte.

Como Caperucita era una niña muy obediente, se acercó a la cama apesadumbrada de haber hecho enojar a su abuelita. No se acercó tanto, sin embargo, que el malvado animal pudiese arrojarse sobre ella.

—¿Por qué no te acercas más? ¿Es que me tienes miedo? — exclamó el lobo, perdida totalmente la paciencia, revolviéndose bajo las sábanas.

La niña nada respondió, pues sabía que los niños bien educados deben permanecer callados cuando los mayores los reprenden. Pero al levantar la vista para pedir perdón a su abuelita por haberla hecho enojar, observó, destacándose sobre el blanco de las sábanas, unos pelos duros, largos y negros.

—¿Cómo es, abuelita, que hoy tienes los cabellos tan duros y despeinados? — preguntó.

Temiendo denunciarse si respondía a la pregunta, el lobo decidió quedarse callado, pero como Caperucita preguntara nuevamente, trató de dar a su voz el tono más suave posible y dijo:

—Tengo el cabello así porque me he puesto un cosmético para teñirme las canas, y al sentirme mal, me he acostado sin pensar en peinarme.

Sin darse cuenta, al pronunciar estas palabras, el lobo abrió demasiado la boca y se le vieron los largos y afilados colmillos.

—¡Abuelita! ¡Qué largos y feos tienes hoy los dientes! — exclamó la niña, cada vez más sorprendida —. ¿Será acaso que tienes mucho apetito y que por eso parecen mayores?

—No, querida, no — replicó el lobo conteniéndose a duras penas —; no es eso. Sin duda, lo que pasa es que tú nunca habías reparado en ellos y al hacerlo ahora te has sorprendido. Pero no te preocupes por tan poca cosa. Anda, ven aquí y acuéstate conmigo, que tengo frío.

Al decir esto, el lobo apartó un poco las sábanas, y la niña alcanzó a verle una de las garras.

—¡ Qué uñas tan grandes tienes, abuelita! —le dijo—. ¿Para qué las quieres"?

—Para sujetarte mejor cuando estés a mi lado — contestó el lobo.

—¿ Y por qué tienes tan grandes las orejas?

—Para escucharte mejor cuando me hablas.

—¿Y por qué son tan largos y afilados tus dientes?

Al decir esto, la niña se acercó a la cama.

El lobo, que sólo había estado aguardando aquel instante, respondió bruscamente:

—¡Para poder comerte mejor!

Iba a lanzarse sobre la niña, pero las ropas de la cama se le engancharon en las piernas, y el lobo no pudo llevar a cabo su amenaza. Caperucita, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta, salió de la casa y comenzó a gritar a medida que corría:

—¡El lobo quiere comerme! ¡El lobo quiere comerme!

El feroz animal, olvidándose por un momento de sus antiguos temores, se echó a correr detrás de la niña. Y cuando, arrepentido de su temeridad, quiso internarse en el bosque para evitar que alguien lo viera, se encontró de improviso delante de varios leñadores que, sorprendidos por los gritos de Caperucita, habían salido de sus cabañas armados de palos. Los hombres, que sabían qué clase de *persona* era aquélla, no le dieron tiempo para huir. Y tantos golpes le propinaron en la cabeza y en el cuerpo, que le ocasionaron la muerte. En seguida, uno de ellos le abrió el vientre y sacó de él a la abuelita, quien, como el lobo la había devorado entera, aun estaba viva. Después ambas regresaron juntas a la casa que estaba próxima al molino abandonado y pasaron la noche en ella.



Al día siguiente, Caperucita Roja regresó al lado de su mamá, a quien le contó lo que le había sucedido. Y aquella tarde, cuando salió a pasear con sus amiguitas, les dijo que los lobos eran muy malos y que era necesario tener mucho cuidado con ellos; que eran como esas personas perversas que sólo son felices haciendo daño a sus semejantes, pero que al final reciben el castigo que merecen.

Fuente original: *Cuentos de Perrault*, 2001

Ilustraciones: Renier Quer (Réquer)